



Lengua y feminismo

EL SEXO DE LOS ACADEMICOS

JOAQUIN RABAGO

i Son nuestros académicos, además de sesudos, sexistas? Si hemos de aplicarles eso de que "por sus obras los conocerás" —en este caso, sus obras serían las sucesivas ediciones del Diccionario de la docta institución—, la respuesta sólo puede ser afirmativa. No hay más que ver cómo definen allí nuestros "inmortales" determinadas palabras: "gacetero", el que escribe para las gacetas; "gacetera", mujer que vende gacetas; "juventud", edad que media entre la niñez y la edad viril. De ejemplos así rebosa nuestro Diccionario; mas, por si no bastara, ahí va uno especialmente significativo: "recipiendario", el que es recibido solemnemente en una corporación para formar parte de ella. Naturalmente, falta el femenino. Tal vez por eso no fue admitida en su momento María Moliner entre los académicos. Habría sido "recipiendaria", y, como hemos visto, esto es algo que no existe.

Ironías aparte, la realidad es mucho más simple. Los académicos, amén de seras de carne y hueso, son eso que llamamos una institución, que como dice su lema "limpia, fija y da esplendor". Y una institución es un hecho de cultura, y la cultura —al menos la nuestra— es fundamentalmente machista.

Pues bien, corresponde a un ingeniero de Caminos y especialista en algo tan alejado aparentemente del sexo y del lenguaje como es el "hormigón armado", Alvaro García Meseguer, el mérito de haber señalado algo que debería resultar evidente: el sexismo de nuestro Diccionario. La aparición de su libro, "Lenguaje y discriminación sexual" (editado por "Cuadernos para el Diálogo"), hizo que se reunieran el otro día, en torno a una misma mesa y entre grabados de Saura, Canogar o el Equipo Crónica —ya que se inauguraba, de paso, el nuevo centro cultural de Juana Mordó en Madrid—, a nuestros heterodoxos Aranguren y García Calvo, la feminista María Angeles Durán, el

sociólogo Amando de Miguel, el autor de la obra y el director de "Cuadernos", Pedro Altares.

García Calvo, que habló en segundo lugar, después de Aranguren, tuvo —casi diría que naturalmente— la intervención más polémica. Y eso que nada más empezar dejó bien clara su posición "por si las feministas". Todo lo más que podemos hacer los hombres en favor de la mujer es rendir armas; convertimos, esto es, en traidores de nuestro propio sexo. Lo demás compete a la mujer. Era una aclaración previa, necesaria antes de pasar a la crítica del libro. De un libro que ya el profesor Aranguren había elogiado por su oportunidad, pero en el que había señalado ciertas vacilaciones y debilidades. Resultaba simplista la oposición que allí se establecía entre lenguaje intelectualista y vitalista para atribuir el primero al varón y el segundo a la mujer, fundamentalmente. El autor pasaba con demasiada facilidad de la crítica del Diccionario, que es al fin y al cabo un "museo de la lengua", a la crítica de la propia lengua, que es algo vivo y no susceptible de fijación, diga lo que diga el lema de la Academia.

Esta opinión la comparte García Calvo, que centra su discusión fundamentalmente en el capítulo de las soluciones apuntadas por García Meseguer para reducir el sexismo de implícito y explícito de nuestra lengua. El autor señala, por ejemplo, que la utilización genérica del masculino plural encubre situaciones sexistas que es preciso modificar. Así, por ejemplo, la palabra "ministros" puede englobar a personas de ambos sexos. Pero oculta el hecho de que, en nuestro caso, por ejemplo, corresponde a la realidad por cuanto en el Gabinete de Suárez no hay mujeres.

¿Qué propone —y pone al parecer en práctica— en casos como éste la Asociación para la Promoción y Evolución Cultural (APEC), grupo feminista en el que milita G. Meseguer? Ni más ni menos que sustituir la terminación en "o" del masculino genérico por otra en "e". De-

cir "niñes" o "ministres" cuando queramos referirnos a personas de ambos sexos o no haga falta especificar. Meseguer cita orgulosamente esto como un ejemplo de "ingeniería lingüística", capaz de contradecir al propio Saussure. Y se pregunta entonces por qué no podrían introducirse tales modificaciones revolucionarias en el sistema lingüístico del mismo modo que un país o toda una Commonwealth cambia de sistema métrico.

Para García Calvo —y para quien no es García Calvo— esto es totalmente insostenible porque no considera la existencia de distintos niveles en la lengua —desde el más superficial, que sería el del vocabulario, donde sí es más fácil intervenir, acuñando, por ejemplo, una nueva palabra—, hasta el sistema fonémico, pasando por aquellos otros en que se sitúan los procedimientos retóricos, de enlace de frases, formación de derivados, etc. Los estratos más profundos son inasequibles a cualquier voluntad de cambio, ya sea individual o de grupo.

García Calvo señala todo esto, y uno no puede sino estar de acuerdo con el autor de "Lalia". Hasta que... hasta que en un momento de su charla-lección comienza a distinguir entre lenguaje y cultura. El Diccionario, afirma, es un hecho de cultura; la lengua, no. ¿Cómo define entonces la cultura? Como el aparato superestructural —artes, técnicas, ideologías— que acompaña a unas determinadas formaciones sociales. La lengua se sitúa a un nivel incomparablemente más profundo. Es, además, la única cosa que se nos da gratis. Y, añadía románticamente, el único ámbito donde el pueblo es soberano, pues aquélla le pertenece.

Lo que no explica García Calvo, a pesar de todo, es por qué habría de ser sólo cultura —incluso como él la entiende— la punta visible del iceberg-lengua. Tal vez ni siquiera eso. ¿No surge la lengua precisamente en el proceso mismo de formación social, de división de trabajo y de intercambio —intercambio de bienes, de mensajes, de mujeres—? ¿No es, por eso mismo, un

hecho cultural como lo es también, en cierta medida, ese proceso irreversible que conduce hasta el "homo erectus"? ¿No será que la lengua está tan enraizada en nosotros que ya no la vemos como culminación de un largo proceso, sino como algo adquirido, innato por lo menos como capacidad?

Son preguntas que uno se hace mientras escucha a García Calvo y que éste de ninguna manera contribuye a aclarar. Como no explica quién es ese "pueblo" al que pertenece la lengua. ¿Es la comunidad antes o más allá de su división en clases? ¿Es el pueblo espontáneo en sus reacciones, incontaminado por la cultura burguesa como lo soñaba Pasolini?

María Angeles Durán no está de acuerdo tampoco con García Calvo. Debe militar en la citada APEC porque comienza —¿irónicamente?, ¿seriamente?— su intervención con un "queridos amigos", que luego repetirá Meseguer. Para ella, el lenguaje no es, como acaba de decir García Calvo, algo que se nos regala, sino una realidad discriminatoria y opresiva para la mujer y contra la cual ésta tiene que luchar. Si no conseguimos cambiar el lenguaje —les dice a sus compañeras de sexo—, jamás cambiaremos nosotras mismas.

García Meseguer defiende de viva voz sus propuestas de ingeniería lingüística, que Aranguren calificará de "intento esperantista" que no puede prosperar. No le importa al autor. Su único propósito es denunciar las situaciones sexistas que oculta el lenguaje y nuestra insensibilización hacia el tema.

Mucho más pragmático, como sociólogo que es, Amando de Miguel habla de digerir y asimilar los hechos lingüísticos denunciados. Igual que se han asimilado con el tiempo frases como "hacer una judiada", que ha perdido el original sentido racista.

La intervención en tono humorístico de Amando de Miguel —y la más o menos profesoral— de García Calvo despiertan las iras de algunas feministas presentes: es falso que la lengua sea otra cosa que un instrumento de opresión al servicio de una clase y de un sexo. A través de la lengua se consigue la adaptación del niño a una cultura que es burguesa, pero que es fundamentalmente machista y contra la que la mujer tiene que emplear todas sus armas. Sin darle tregua.

Al final del coloquio —vivo y hasta saludablemente agresivo— quedan en el aire más interrogantes que respuestas. Lo importante, sin embargo, es que aquí se ha denunciado una situación discriminatoria de hecho que, por la fuerza de la costumbre, muchos veían como totalmente natural. Y se ha demostrado, de paso, el sexo de nuestros académicos. Palabra que, ¡ay!, sí tiene femenino. ■